

EL SIGLO.

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL, COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION

Pat. 1.ª.—Imprenta de G. Labert.—MADRID.—D. Malla, Misaró.—VIZCA.—D. Joaquín Cirr

PRECIOS DE SUSCRICION

En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demás puntos del reino 12 rs. idem. franco de porte.

CORTES.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

Presidencia del señor MARTÍNEZ DE LA ROSA.
Estruendo de la sesión celebrada el día 6 de mayo de 1861.

Se abrió á las dos y cuarenta, y leída el acta de la anterior, fué aprobada y con el acta se pasó al orden del día.

Interpelación sobre la política del gobierno en Italia.

El señor ministro de ESTADO (Calderón Collantes): Tengo el honor de invitar al señor Sagasta á desear volver la interpelación de su señoría há tiempo dirijida al Gobierno que S. M. sobre la conducta y dirección política que ha dado á los asuntos de Italia.

El señor SAGASTA. Al tener del honor, señores diputados, de iniciar este importante debate para dirijir graves cargos al Gobierno por la conducta política que ha seguido en las negociaciones diplomáticas relativamente á la cuestión de Italia, empiezo por manifestar con toda sinceridad que lo hago con el mayor sentimiento, porque en esta, como en todas las cuestiones que se refieren á nuestros asuntos del exterior, yo no veo en el banco ministerial ni amigos ni adversarios políticos míos, sino ministros españoles. Porque en ésta, como en todas las cuestiones que se rozan con nuestras relaciones diplomáticas, yo desearía estar siempre al lado del Gobierno, si quiera fuera el más contrario á la realización de mis principios políticos.

Los hombres que dirigen la gobernación del Estado pueden adoptar en lo relativo á lo interior la política que tengan por conveniente; pueden no adoptar ninguna; como sucede á los actuales, pueden, en fin, diferir en más ó en menos relativamente á las opiniones que representan y en los medios de realizarlas. Pero esto que en la política interior no ofrece inconvenientes, sino que viene á constituir por el contrario la base del Gobierno representativo, el juego de las instituciones, será desastroso en la política exterior. La movilidad de la política interior, cuando está en armonía con la movilidad de las necesidades públicas, puede no solo ser conveniente, sino hasta benéfica; pero esa movilidad en la política exterior sería siempre por lo menos improductiva.

Cada país por sus tradiciones, por su historia, por su situación geográfica, por su organización y hasta por sus costumbres y carácter, tiene marcado su destino en la marcha progresiva de la humanidad, hacia cuyo cumplimiento encamina constantemente sus miras y dirige de continuo sus aspiraciones, y los Gobiernos ilustrados y patrióticos tienen el deber de someter constantemente sus gestiones á la más pronta realización de tan elevadas miras, á la más pronta satisfacción de tan legítimas aspiraciones, subordinando cuanto digan y hagan en sus relaciones con los demás Gobiernos al más pronto cumplimiento de tan nobles objetos; y esta conducta, que es superior á los partidos, que está por cima de las pasiones políticas, que si no tiende á satisfacer intereses pequeños y del momento, aspira á la realización de elevados pensamientos y al engrandecimiento de la patria en lo porvenir, es la política internacional que deben adoptar los Gobiernos en sus relaciones con los demás para no decir y hacer por el contrario cuanto pueda serla favorable.

Pues bien, señores diputados: la España, como en todos los países, y en España con más razón que en la mayor parte de los países, por su larga historia, por el grande influjo que algún día ejerció en el mundo, por su especia-

lísima situación en Europa, por sus grandes victorias, y más que por sus grandes victorias, por sus grandes desastres, tiene perfectamente marcado su destino para lo porvenir, y sus Gobiernos deslindados y trazados la política que á los altos intereses del país es conveniente.

Es ante todo deber de todo Gobierno, ya sea republicano, ya sea monárquico representativo, ya absoluto, asegurar, fortalecer las instituciones que rigen en el país cuyos destinos dirige, y bajo este punto de vista debe influir constantemente para procurarlas allí donde no estén establecidas, y para robustecerlas allí donde se hallen planteadas, sin que sea permitido olvidar á ningún Gobierno nunca ni por ningún motivo esta circunstancia en sus relaciones con los demás.

El primer punto pues de la política de todo Gobierno español consistirá en apoyar en el exterior por cuantos medios sean posibles el sistema de gobierno que aquí nos rige y contrariar de la manera que sea posible, en cuanto á la autonomía de los demás países lo consista y siempre con la prudencia y circunspección que exige la diplomacia, toda clase de instituciones que sean contrarias á las que aquí están establecidas.

No hay español, señores diputados, no hay español que no desee que la Península Ibérica constituya pronto una sola nacionalidad; no hay español que no desee que dos pueblos nacidos bajo un mismo cielo, bañados por los mismos mares, que han tenido por tanto tiempo una vida común, siempre vida semejante, que cuentan las mismas tradiciones, las mismas costumbres, las mismas creencias, la misma religión, el mismo carácter nacional, la misma historia, que han compartido las mismas glorias y las mismas penalidades, que se han repartido la honra en el descubrimiento de nuevos mundos, y que no están separados sino por una línea imaginaria, visible solo por los aduaneros que la determinan, no hay un español, repito, que no desee que esos pueblos se reúnan en uno solo y que constituyan la unidad nacional como constituyen ya la unidad de raza y la unidad geográfica.

No hay español, señores, que al observar la tendencia irresistible que se ve, lo mismo en Italia que en Alemania y en todas partes, á la unidad, no hay un español que no desee la unión de estos dos pueblos, si es que han de influir un día en los grandes destinos de la Europa, y constituir una potencia que pueda servir de contrapeso á las naciones ya organizadas y á las que de nuevo se organizan; no hay un español en fin que no desee de todo corazón y con la apremiante satisfacción de una urgente necesidad, la unión libre.

Segundo punto de la política nacional: la tendencia fija, constante, perseverante hacia la completa realización de este pensamiento vital para España y Portugal, indispensable para la independencia y dignidad de esta parte importante de Europa, teniendo cuidado de no hacer nunca cosa alguna que pueda perjudicar en su día la realización de este pensamiento, diciendo y haciendo todo lo que pueda serla favorable, y apoyando en el exterior cuanto pueda contribuir á la más pronta realización de estas esperanzas.

La ocupación de Gibraltar por la Inglaterra, y la conquista de Argel por la Francia, que cada día va tomando mayor incremento, amenazando una y otra nación á nuestros mares, obligan á todo Gobierno español á no separar la vista del otro lado del Estrecho, y á considerarle como el principal punto de su política internacional, si quiera en la ocasión más oportuna, en la guerra de Africa, se haya tenido olvidada esta gravísima circunstancia. Por último, la dignidad y la conveniencia de España nos obligan á procurar por cuantos medios estén á nuestro alcance la unión de nuestra raza en América.

Estos cuatro puntos constituyen principalmente la política internacional de todo Gobierno español; la política que debe tener presente el Gobierno, si ha de ser guiada por elevadas miras de nacionalidad, y no arrastrada por mezquinas pasiones y bastardos intereses personales. Esta política es la que debe tener siempre presente el Gobierno español si ha de merecer este nombre, para no decir ni hacer nada que pueda perjudicar á la nación, para decir y hacer todo lo que pueda favorecerla.

Ahora bien, señores diputados: el Gobierno de la unión liberal, ¿ha seguido en las negociaciones diplomáticas á propósito de la cuestión italiana esta política digna, esta política elevada, esta política racional, esta política en armonía con nuestra historia, esta política favorable á nuestras instituciones y en consonancia con nuestro porvenir, ó ha sido, por el contrario, arrastrado en esas negociaciones por una política estrecha, por una política mezquina, por una política personal, por una política en oposición con nuestra historia y contraria á nuestro porvenir? Esta es cuestión que yo me propongo esclarecer al ocupar la atención del Congreso si como siempre acostumbra, es benévolo conmigo y tiene en esta ocasión, como lo ha tenido en otras, la dignación de escucharme.

Pero antes de entrar en el fondo de la cuestión, no es posible dejar pasar desapercibido un incidente ocurrido aquí á propósito de la publicación de los documentos diplomáticos que constituyen la base de este debate. El Congreso recordará los términos prudentes y circunspectos con que mi digno amigo el señor Olazaga pidió la presentación de estos documentos, y la reserva prudente y circunspecta también con que el señor presidente del Consejo de ministros ofreció su presentación. No deseaba más la minoría, no quería más la minoría que lo que el señor presidente del Consejo de ministros ofrecía, pues que nos dijo que el Gobierno presentaría aquí los documentos relativos á esta cuestión, cuya publicación no ofreciese inconveniente alguno. Pues bien, señores diputados, después de haberse tomado el Gobierno todo el tiempo que creyó necesario, sin que las oposiciones en su natural impaciencia le recordaran ni una sola vez el cumplimiento de su promesa; después de haber hecho objeto á estos documentos del examen del Consejo de ministros; después de haber escogido y de haber vuelto á escoger los documentos que debía traer aquí; después de haber dejado de traer los relativos á una de las cuestiones más importantes que se ventilan en Italia, á saber, los documentos que hacen referencia á la cuestión de Roma, excepto uno; después de no haber traído algunos de los documentos que se refieren á las cuestiones de Parma y de Nápoles; después de haber suprimido en los documentos que ha traído algunos de sus párrafos que han sustituido con puntos suspensivos, lo recomiendo al señor fiscal de imprenta ó al administrador del sentido común, el señor ministro de la Gobernación señor Posada Herrera (que es un bonito destino) después de haber hecho todo esto, contesta el Gobierno con una tranquilidad pasmosa á la petición justa y parlamentaria de la minoría, una vez traídos aquí estos documentos, reducida á que se publicasen, con la duda de que todavía podría haber entre ellos alguno cuya publicación pudiera ofrecer inconvenientes y con la benévola intención de hacer recaer sobre la mayoría la responsabilidad si se publicaban esos documentos. Dos faltas graves hay aquí: una del Gobierno y otra de la mayoría, que también en la mayoría se falta.

En el momento en que el Gobierno trae al Congreso algunos documentos para ser examinados y discutidos, él carga y es el único que debe cargar por completo con la responsabilidad que pudiera resultar por la publicidad de

alguno de estos documentos. Que Gobierno puede traer al examen de 319 diputados de distintas opiniones, y que dirán las cuestiones bajo diferente punto de vista político, y que no tienen todos los datos necesarios para juzgar hechos aislados, que el Gobierno puede traer á su examen documentos cuya publicidad pudiera ofrecer inconvenientes, y como los han de examinar en el instante en que se va á resolver la conveniencia ó inconveniencia de su publicación? Publíquense ó no, se publiquen esos documentos, desde el momento en que el Gobierno los trae aquí, desde ese momento carga con la responsabilidad de su publicación, porque la presentación de los documentos al Parlamento y su publicación con una misma cosa. Por eso el Gobierno se ha reservado la presentación de algunos; por eso los Gobiernos verdaderamente representativos cuando presentan documentos de la importancia y de la magnitud de los que nos estamos ocupando, los traen ya impresos al Parlamento, y cuando no los traen impresos, los Congresos acuerdan inmediatamente su publicación. ¿Qué quiere decir el Gobierno mostrando que no sabe formar opiniones, y que parece esclamar: yo no sé si todavía alguno de los documentos que he presentado después de omitidos algunos y cercenados otros, puede haber inconveniente en su publicación? ¿Pues quien debe saberlo más que el Gobierno? ¿Lo deben saber los señores diputados? No.

Los señores diputados, ni deben ni tienen ocasión de saberlo; no deben ni pueden saberlo, porque para eso sería necesario que tuviesen un conocimiento perfecto de todos, absolutamente de todos y cada uno de los documentos diplomáticos que han mediado entre este Gobierno y los demás con relación á estas cuestiones. Los señores diputados, no pueden ni deben saberlo; porque para ello era necesario que estuviesen perfectamente enterados de las relaciones que ha tenido el Gobierno con los demás, antes de la cuestión, durante la cuestión, y después de la cuestión; y eso no puede saberlo, eso no debe saberlo nadie más que el gobierno, y si no lo sabe, tanto peor para él, puesto que ignora lo que es necesario que sepa para ocupar dignamente su puesto.

Señores, cada vez que hojeamos la historia de la unión liberal, nos encontramos con un nuevo capítulo aun más grave y más original. Hasta ahora sabíamos que durante la unión liberal podía haber ministros de la gobernación que mandaran recoger los periódicos por ensalzar las escelsas virtudes públicas y privadas de la gran Reina Isabel la Católica. Hasta ahora sabíamos también que durante la dominación de la unión liberal, en circunstancias normales y durante largo tiempo, podía haber un presidente del consejo de ministros que ignorase completamente las leyes de su país y que se disculpase ante la representación nacional de su conculcación por su ignorancia, cosa que no es permitida ni al último ciudadano.

En un país verdaderamente constitucional, por una declaración menos importante hecha por un ministro, los señores diputados abandonaron el salón de sesiones, y aquel ministro cayó envuelto en las carcajadas de la opinión pública pero aquí á falta de carcajadas de la opinión pública las tiene el señor presidente del consejo de ministros para mofarse de su posición y de la de que deja al país á cuyo frente se halla. Pues hoy nos encontramos con otro capítulo: de cómo en la unión liberal puede haber también un ministro de Estado, si quiera sea interino, que no sepa una palabra de asuntos diplomáticos. Pero no es esta falta del gobierno lo más grave en este incidente: lo más grave, lo más trascendente es la falta de la mayoría que creyó ó afectó creer tener una responsabilidad ilusoria, que no era posible

que pudiese existir, porque ya he demostrado antes que desde el momento en que un gobierno trae documentos al parlamento, desde ese momento carga con la responsabilidad que pudiera haber por la inconveniencia de la publicidad de esos documentos. Por eso el gobierno se ha reservado traer algunos de ellos; por eso no ha traído mas que los que ha tenido por conveniente. Pues qué, ¿quiere el gobierno hacer juez al congreso de unos documentos y no de otros? Pues qué, ¿no sabe que la presentación hecha aquí de los documentos y su publicidad son una misma cosa? Sin embargo, la mayoría, creyendo o afectando creer en una responsabilidad ilusoria, tomó un acuerdo que no tiene igual en los fastos parlamentarios de ningún país, acuerdo que yo respeto, pero que no puedo menos de decir aquí lo que pienso de él, porque digo siempre la verdad.

Y no puedo menos de decir aquí que semejantes acuerdos no pueden producir nunca mas que el desprestigio de quien los toma. Pues qué significa un acuerdo tomado por la mayoría, que en el mismo día, en el día siguiente, o cuando lo tuviera por oportuno, podía haber quedado destruido, no por la minoría, que al fin y al cabo en su representación vale tanto como la mayoría, sino por el último de sus individuos que en este momento tiene la honra de dirigir la palabra al congreso? Acordo la mayoría que estos documentos no se publicasen; pues bien: hoy depende de mi voluntad, ha dependido de mi voluntad, y depende ahora de mi voluntad y de la de cualquiera de los señores diputados que tomen parte en este debate, la publicación de los documentos.

Yo bien conozco que estas verdades son amargas, pero no porque lo sean de estar en el deber de decir las, y siempre me hallo dispuesto a cumplir con mi deber. Semejantes acuerdos, señores diputados, no significan otra cosa que una adhesión de sumisión, consuetudinaria hacia el ministro que perjudica tanto a este como a sus servidores; no significan otra cosa que un alarde de fuerza política para contener las justas aspiraciones de las minorías, y que acaba por asfixiar a las mayorías que a tal medio recurren; no significan otra cosa que un atentado a la razón, porque el ataque que vosotros dirigís al ahogar las justas y razonables pretensiones de la minoría no ha hecho efecto de ninguna especie. ¿Queréis ver el resultado? Pues volved la vista al gobierno representativo, y allí encontráis la brecha que han abierto en él vuestros tiros.

Pero en esto hay armonía completa entre la mayoría y el gobierno o mejor dicho, entre el presidente del Consejo de ministros y la mayoría; aquel destruye un día la representación nacional con la razón de los canones, y este pretende destruirla todos con la sinrazón de sus acuerdos.

El Sr. PRESIDENTE S. S. no puede entrar en otro terreno mas que en el de la interpelación sobre los acontecimientos de Italia, que es para lo que le he concedido la palabra; y por lo tanto no puede continuar en este terreno.

El Sr. SAGASTA: Entrando ya en el fondo de la cuestión para apreciar debidamente los acontecimientos en Italia ocurridos, y sobre todo para juzgar con conocimiento de causa la conducta que el gobierno ha seguido a propósito de estos acontecimientos, voy a hacerme cargo tan rápidamente como aquí conviene y me sea posible de lo que ha sido, es y será Italia.

El pueblo romano, síntesis en lo antiguo de todos los países, que había llevado su civilización a todas partes, que había extendido su dominación en todas direcciones, que había absorbido, en una palabra, la vida entera del universo entonces conocido, rendido al fin al peso de su grandeza, se entregó por completo al indiferentismo por la patria y al sibilismo mas afeminado y repugnante, y hecha girones la púrpura de sus Césares, fue absorbido por los bárbaros del Norte.

Cae la antigua Roma; pero aun agobiada bajo esa dominación ofrece elementos capaces de dar robustez y fuerza a la Italia a saber, el sentimiento municipal, muy arraigado allí, y el pontificado, muy querido y respetado, el primero como representante de la libertad, y el segundo como representante de la unidad; pero entre estos dos elementos, que fácilmente combinados producen la vitalidad y la fuerza de las naciones, parecían interponerse en aquella época varios obstáculos. El ciego deseo de cada municipio de conservar su independencia le llevó hasta el olvido de la independencia de la patria; y el pontificado por otra parte, con la generalidad de sus miras y con su carácter cosmopolita, pospone la Italia a la hu-

manidad, y la tendencia al fraccionamiento de la ciudades por un lado, y la universalidad de miras del pontificado por otro, fueron constantemente los mayores obstáculos a la nacionalidad italiana.

Nueve siglos hace que los italianos hicieron su primera tentativa para salir del fraccionamiento que les devoraba, y a pesar de sus grandes esfuerzos, sin ser sin embargo vencidos, fueron entregados por el Papa al vencedor. Y aquel país desdichado, compuesto de repúblicas que se atormentaban entre si, sometido a soberbias aristocracias, dominado por estranos emperadores, en lucha constante con los Papas, fué de abismo en abismo a caer en la servidumbre, empezando a nacer el indiferentismo, síntoma seguro de la muerte de los pueblos. Los extranjeros penetran por todas partes en Italia; piérdese la idea de la justicia después de la noción del derecho, y tienen lugar los crímenes consiguientes a la reacción. A principios de este siglo, al estallido de grandes batallas, y al calor de grandes glorias, aquel país sale de su gran letargo, y abriendo los ojos a sus recuerdos, abre su corazón a la esperanza de una madre patria.

Pero llega el Austria y vuelve a poner su losa de plomo sobre los italianos, y envuelve con su sudario a la Italia. Roma vuelve a ocultarse entre sus ruinas, y Venecia, esa soberana destronada que ha sido tan grande y tan noble por tantos siglos, que admiró al mundo por su sagacidad política, que llenó los aires con el estruendo de sus armas, al mismo tiempo que en las ciencias y en las artes, Venecia vuelve a cerrar sus palabras, y a ocultarse entre las olas de su azulado mar.

No habiendo servido todas las tentativas liberales de aquel desgraciado país en su penosa peregrinación al porvenir en esa prolongada lucha, sino para remachar mas y mas las cadenas que le oprimían, sino para que el rey de Roma, después del triste día de Novara, volviera a plegar la bandera de libertad que momentáneamente diera al viento, entregando la ciudad eterna al yugo de los extranjeros, sino para que Nápoles, patria y cuna de Virgilio y del Tasso, de Horacio y Tito Livio, con su azulado mar, con sus bosques de mirto, con sus caprichosas montañas, y en todos los encantos de que la imaginación mas ardiente puede hacer generosa a la naturaleza, fuera otra vez presa del mas ciego de los despotismos, convertida en un pueblo de esclavos, y para que Módena, Parma y Toscana fueran convertidas en cárceles cuyas llaves estaban pendientes de las garras del águila de los cabezas, y para que la soberana perlepeciera a todos menos a los italianos, y para que la Italia, en fin, que había dado su derecho a todo el mundo no encontrara nadie que le reconociera el suyo en ninguna parte, y para que viese errantes y sin familia a sus hijos mas ilustres, siendo víctimas en los calabozos y cadalsos.

Pero apartemos la vista de tan triste cuadro, para volverla hacia el camino providencial que desde principios de este siglo viene recorriendo la humanidad en busca de su objeto verdadero: para observar en esa lucha del débil contra el fuerte que aquel ya siempre, aunque penosamente, ganando terreno; para ver que las aristocracias teocráticas han pasado, que las aristocracias militares ven rotas sus espadas, que los reyes absolutos, ven caer hechas pedazos sus coronas de derecho divino que en su soberbia pretendieron arrebatarse a la divinidad, y que el pueblo vive y que la Italia se regenera y que trasfigurada se levanta para decir a la humanidad: «mi causa es la del derecho; Dios la protege.»

Y como Colon, en medio de su gente insurreccionada, envuelto en las mas críticas circunstancias, desesperado de conseguir su empresa y dispuesto a volver a Europa, halló la revelación del Nuevo Mundo al resplandor de un hogar salvaje, así la luz del sentimiento generoso en el Norte de la Italia descubrió al resto de la Península un nuevo mundo de ideas. El Piemonte, rompiendo con las tradiciones antiguas, oponiendo al yugo extranjero la libertad de la patria; proclamando una política nacional, y enarbolando la bandera de patria con la enseña de la Redención, hizo nacer en Italia la esperanza de tener un día una patria y de recobrar su nacionalidad. Semejante conducta no podía menos de ser simpática a todos los corazones que la consideraban como la única salvación, como el único remedio a sus males, como la única esperanza de poder despedir el poltro de sus tormentos. El grito del Piemonte no podía menos de ser la iniciativa de la libertad de toda la Italia; en tal posición colocada, le era necesario o sucumbir o extenderse. Las miradas todas de Italia se fijan en aquel pueblo gene-

roso y digno de admiración, que sin atender a su debilidad relativa, procura dar libertad a todos los italianos; que sin tener para nada en cuenta su pequeñez respectiva, se dispone, con heroicos esfuerzos y con inauditos sacrificios, a libertar a la Italia o a perecer en la demanda, y ayudada del resto de la Península que confía ciegamente en la palabra de un rey dá cima al mayor de los acontecimientos de los tiempos modernos.

La lucha, pues, está planteada; los combatientes dispuestos, de un lado el derecho, de otro la violencia; en un campo las nacionalidades, en otro los opresores; en una parte un pueblo joven, generoso y dispuesto al sacrificio, en otra un Imperio decrepito y egoísta. La lucha se resuelve, como no podía menos de resolverse, hoy que el progreso ha hecho desaparecer aquella política egoísta por la cual un pueblo veía imposible el sacrificio de

los demás; hoy que existe una solidaridad perfecta de intereses en las naciones; hoy que la humanidad no puede sufrir en una parte sin que se sienta su sufrimiento en la parte opuesta; hoy que conviene a la civilización, que interesa a la libertad, que importa al equilibrio europeo la existencia de una Italia grande, fuerte y poderosa. La lucha, pues, se resuelve en favor de Italia sin que ofrezca duda alguna su terminación; porque si las discordias intestinas han podido retardar esto grandioso acontecimiento, las enseñanzas de la desgracia no pasan desapercibidas para los pueblos inteligentes. Los italianos, pues, ante tantos años de amarga dominación extranjera, no pueden menos de olvidar sus antiguas rivalidades y conducirse como se conduce con una prudencia y moderación digna de ser imitada por los pueblos que puedan verse envueltos en crisis semejantes, para que a la caída de los poderes existentes no estalle la explosión popular que manchan las revoluciones que desacreditan a los pueblos y que les hacen indignos de lo mismo que pretenden, para que como allí el vértigo de sus triunfos sea ahogado por la cordura de la opinión pública. Y al lado de tanta grandeza, y enfrente de tan nobles sentimientos, ¿qué vemos? Un Imperio sin autoridad dentro de sus Estados, sin poder fuera, desorganizado y exánime, y conmovido en sus antiguos cimientos, sobre los cuales apenas puede sostenerse. Un Papa que, respetable, respetado y querido como jefe de la Iglesia, como rey de Roma, se ve al servicio de su eterno enemigo, se empeña en sostener y en imponer la forma de gobierno mas contraria no solo al espíritu de la época, sino al cristianismo que representa, y da lugar a que sus hijos se vean en guerra con la Italia, se encuentre dividida, y que Roma sea presa de los extranjeros, y lo que es peor, a que su poder espiritual se vea arrastrado, quizás por la tormenta que se cierne sobre la cabeza de su poder temporal, y por último, un desgraciado monarca, no quisiera hablar de él, en este momento, que como todos los que no se acuerdan de los derechos de los que eran sus esclavos, hasta que, rompiendo estos sus cadenas, pueden tomarse por su mano lo que por tanto tiempo y tan injustamente se les ha venido negando, ha visto caer hecha pedazos su corona, y que habiendo desoído la voz de sus pueblos, desoye la voz de la Providencia, pues hace derramar todavía la sangre de los italianos prolongando la lucha sin provecho para él; como si en su agonía real quisiera seguir martirizando sus víctimas.

La unidad y la independencia de Italia, no corren peligro por las discusiones que puedan suscitarse en el interior de sus Estados; lo correrán por las complicaciones del exterior? Para contestar a esta pregunta, necesito me sea ocuparme tan ligeramente como pueda de la organización política de los móviles de los intereses y de las aspiraciones de todas las grandes potencias de quienes pueda depender no solo el fin que la Italia se propone, sino la paz de la Europa.

Y si quiera por la grande iniciativa que ha tomado la Francia en este asunto, bien merezca la prioridad en el rapidísimo examen que me propongo. La Francia imperial, mezcla singular hoy del principio de autoridad antigua con el principio de la política moderna; autocracia en una palabra, fundada en el sufragio universal, está personificada en Napoleón III, y su diplomacia ha de ir por tanto encaminada a todo lo que a los intereses ó a la conveniencia dinástica del emperador sea propicio. Ahora bien: el origen revolucionario de este poderoso monarca, jefe de una familia, soberana nacida del seno de la revolución, y dotada dos veces de una corona por el sufragio de la nación, le impide no solo consentir, siquiera en una reacción, en Italia, que en último resultado seria perjudicial a su dinastía en oposición al principio de legitimidad de derecho divino

La Francia, pues, no está, no puede estar, cualquiera que por otra parte sea su conducta aparente, al lado de soberanos que intentasen una restauración en Italia.

La Inglaterra, en cuyos ciudadanos está tan profundamente arraigado el respeto a sus venerandas instituciones, donde la opinión pública lo domina todo, donde son imposibles los gobiernos que en poco ó en mucho, en el interior como en el exterior, tiendan a oponerse a la opinión pública, es bajo este punto de vista en su organismo político el reverso de la medalla de Francia; en esta Potencia lo es todo el emperador, en aquella lo es todo la opinión pública; y como la opinión del pueblo inglés esta tan decididamente pronunciada en favor de la independencia de Italia, la Inglaterra estará siempre contra todos los soberanos que intentarán oponerse a la independencia italiana.

Ya he tenido ocasión, aunque de paso, de decir algo de Austria; pero voy, sin embargo, a hacer ahora una ligera observación. El Austria ha trabajado, trabaja y trabajara sin duda por reconciliarse con la Rusia y estrechar sus relaciones con la Prusia, para ver si de este modo puede recuperar sus perdidas posesiones de Italia; pero los resentimientos y recelos de aquellas dos Potencias respecto del Austria, están todavía tan arraigados y su política ha sido tan contraria a las miras de aquellas, y se ve en esta cuestión guiada por tan exclusivos intereses, que cuando mas podrá obtener que le presten hoy su apoyo si es atacada en la Hungría ó en el Véneto. Por otra parte, el empobrecimiento de esta Potencia, la exorbitancia de su deuda, el descrédito de su Hacienda, los grandes compromisos a que tiene que hacer frente, la harán ver con el tiempo que no solo no podrá conservar el Véneto, sino que le será preciso venderle para poder sostener la otra parte de sus Estados que se bambolean, y cuyo desmembramiento procura evitar concediendo franquicias y derechos en que nunca había pensado y que había tenido completamente olvidados. En Prusia, también ejerce bastante influencia la opinión pública, para impedir la restauración de los principes destronados, y celosa de su independencia y unida con estrechos vínculos a la Inglaterra, y con la aspiración de ponerse al frente de la ilustradísima corporación, no solo ha visto con gusto sino que vera con agrado el rápido descenso de la importancia de su rival, y acaba de confirmar con su voto que no es contraria a los intereses de la Italia. Por último, la Rusia no puede comprometerse en una guerra en Italia, que sobre no proporcionarle ventaja alguna, la habria de ocasionar cuantiosos gastos; que sus todavía recientes descalabros en Oriente y su mal organizada Hacienda no le permiten soportar, y que aun cuando esta y aquellos se lo permitiesen, bien los ha menester para la realización de sus miras en el mar Negro. Y así mirada la cuestión, y vistas las pruebas de los deseos de paz que se advierten en la conducta que han seguido las grandes Potencias, y sobre todo en los sacrificios que se han hecho en obsequio de la paz general, no creo que es aventurado decir que no está tan cercano un conflicto europeo, y sobre todo, que es imposible una coalición de grandes ni pequeñas potencias para restaurar a los soberanos destronados en Italia, incluso el rey de Nápoles. Los poderes, pues, que se oponen a este gran movimiento, se hunden al mismo tiempo que los poderes que favorecen la libertad se levantan, y la Italia será una, y las aspiraciones de este gran pueblo no se verán satisfechas, ni su gran movimiento detenido, hasta que la bandera italiana no flote al mismo tiempo que en las torres de San Marcos, en las playas de Lido y en lo alto del Quirinal. Y este sentimiento no puede menos de ser simpático a la España, porque es el sentimiento que animó a nuestros padres cuando desde Covadonga hasta Granada regaron con su sangre los campos para levantar la cerviz oprimida por el bárbaro agareno; porque es el sentimiento que dio fuerza y aliento a Dadoz y Velarde, y levantó el espíritu de este país para que solo, abandonado por su perfido rey, entregado al extranjero, sin ejército, sin mas armas que el valor de sus pueblos, y sin mas escudo que sus montañas, detuviera en su carrera al gigante del siglo, batiérase en la frente al capitan de los tiempos modernos, dividió sus invencibles legiones, y recobrar su perdida independencia, porque la raza de Italia es nuestra raza; porque su historia es la nuestra; porque su causa es la causa de la humanidad; porque la Italia, en fin, no aspira tras de tantos padecimientos y penalidades tantas mas que a lo que nosotros tuvimos la fortuna de alcanzar tras sublimes sacrificios: una política, una patria y una nacionalidad.

Y dicho ya tan ligeramente como me ha si-

do posible lo que era la Italia, lo que es y lo que será podremos entrar con conocimiento de causa en el examen de los acontecimientos en aquel país ocurridos, y sobre todo en el de la conducta que con motivo de ellos ha seguido el gobierno.

En Italia, se dice, se ha cometido un gran atentado, el ejército de uno de aquellos Estados ha invadido territorios extranjeros; el rey del Piamonte ha autorizado esta invasión sin motivo ninguno, sin previa declaración de guerra, atropellando tratados internacionales, desconociendo todo derecho y faltando a toda justicia.

Y antes de entrar en la apreciación de estas declamaciones, y con objeto de simplificar mis observaciones tratando á la vez que de la invasión de los Estados napolitanos de la invasión de los Estados romanos, de que también se hace mención en las notas diplomáticas que promueve este debate, bueno será que quitemos de enmedio una cuestión que puede embarazar nuestro camino. Ya se habrá comprendido que quiero hablar de la cuestión de Roma.

Cuestión, señores, terrible, pero cuestión que mas que ninguna otra necesita del estudio tranquilo de los que verdaderamente se interesan por el bienestar de la Europa; de los que no son arrastrados por bastardos intereses; de los que no quieren ver convertida la Iglesia en un mercado y la religión en una mercancía. Cuestión en la que hay que decir toda la verdad, y ahora mas que nunca en que el Sumo Pontífice se ve presa de las mayores amarguras, en que el Sumo Pontífice está espuesto á bajar las escaleras del Vaticano, preso entre estrana gente, ahora mas que nunca es preciso decir la verdad desnuda por completo, con valor, con lealtad, como la puede decir un hombre que tiene la convicción de que la verdad puede salvar lo que la mentira, lo que bastardos intereses pueden comprometer en perjuicio de la religión, en detrimento del pontificado.

El cristianismo, señores, salvó al hombre redimiéndole de la esclavitud que le dominaba; le abrió los horizontes de la inmortalidad, elevando hasta el cielo su conciencia; borró la diferencia de las castas; rompió las cadenas de los esclavos, que el ángel de la libertad pagana no había podido romper ni en Grecia, ni en Esparta, ni en Roma; proclamó por fin las grandes verdades sociales, la libertad, la igualdad, la fraternidad de todos los hombres; y para conseguir tantos y tales resultados, para obrar tantas y tales maravillas, preciso fue que el cristianismo tuviera su centro en Roma, porque Roma había absorbido la vida de todos los pueblos; había llevado á las estremidades de la tierra, su gloria, su orgullo, su imperio, sus divinidades; porque así era necesario para la mas fácil comunicación de las verdades que proclamaba; porque Roma había conservado los ídolos de todas las tribus que le sirvieron de base; porque había reunido las divinidades de los pueblos que había conquistado; porque había adoptado los cultos de las civilizaciones que había destruido, y era necesario romper aquellos ídolos, destruir aquellas divinidades y borrar aquellos cultos.

Peró, ¿qué tiene que ver esto con el poder temporal del pontificado? El poder temporal del Papa es inherente, es esencial á su poder espiritual? Esta es la cuestión que debe debatirse con tranquilidad, sin pasión de ningún género.

Jesucristo, al fundar la Iglesia, creó el poder espiritual de los Papas, y como de origen divino, esta autoridad es esencial al catolicismo. Pero Papas tuvo por conveniente donar su patrimonio á la Iglesia; y aquí empieza el poder temporal del papa; poder temporal que depende de la voluntad y de la generosidad de un hombre; poder temporal que solo es accidental, y que por consiguiente está espuesto á todas las modificaciones, á todos los trámites, á todos los cambios y á todas las variaciones á que está sujeto todo accidente.

Pues qué, ¿no existía el catolicismo, no existía el pontificado antes que al padre de Carlo Magno se le ocurriese la idea de donar su patrimonio á la Iglesia? Pues qué, ¿necesitaba esta para su existencia de aquella donación? Pues qué, ¿no existiría hoy el catolicismo, ni la Iglesia, ni el pontificado sin la generosidad de aquel monarca? Los que tales cosas piensan ó los que sin pensarlas tales cosas dicen, confunden insensatos! lo que es esencial con lo que es accidental; lo que es inmutable con lo que es perecedero; lo que es de origen divino con lo que procede solo de la humanidad; lo que, en fin, proviene de Dios, con lo que tiene su fundamento en la voluntad siempre móvil, siempre movetida, de los hombres. No; el Pontífice no puede ser Pontífice sin el poder espiritual; pero el Pon-

tífice puede ser Pontífice sin ser rey, y como lo fué el primero sin embargo de haber andado errante y de morir en un calabozo; como lo fué San Esteban, de humilde condición, y que fué el primero que selló con su sangre su fe por la religión cristiana; como lo fué el fraile Hildebrando, retirado á un desierto; como lo fué Gregorio VII, al par de los pueblos oprimidos, al mismo tiempo, que azote de los tiranos y de los despotas; como lo fueron tantos otros varones ilustres, que sin mas armas que la doctrina del Evangelio, se vieron sostenidos únicamente con la esperanza del martirio.

Buenos imitadores de su divino Maestro, que pudiéndolo todo tuvo por grandeza la túnica y el calzado del viajero; por patrimonio la palabra; por diadema una corona de espinas; por cetro una caña y por trono una cruz. El poder temporal de los Papas es, pues, una cuestión política que nada tiene que ver con la religión, que no puede considerarse como esencial al catolicismo sin cometer una grandísima herejía.

Y como una prueba de esto, bueno será que recordemos que en los tiempos del mas ardiente catolicismo, no solo se creía inútil é inconveniente el poder temporal de los Papas, sino que se declamaba contra él y se decía que con el poder temporal de los Papas el pastor se convertía en lobo, y que los cardenales, en vez de estudiar el Evangelio estudiaban las decretales en que fundaban sus privilegios y mundanales intereses, sin que entonces se le ocurriera á nadie llamar herejes á los que de este modo juzgaban del poder temporal de los Papas, antes por el contrario, se les tenía por ardientes y fervorosos católicos.

¿Peró qué necesidad tengo yo de invocar textos sagrados, ni de discutir en nombre de la teología y de la religión acerca del poder temporal de los Papas, acerca de la constitución de los Estados de la Iglesia, donde por cierto no faltan las usurpaciones cuando se trata de un poder que no ha existido y que no existe? ¿Qué necesidad tengo yo de citar autores y de discutir sobre la separación de dos poderes que vienen hace tiempo separados, pero de una manera indigna para el pontificado y humillante para el catolicismo? ¿Qué tengo yo que decir de un gobierno que ha dejado de existir de hecho, de un gobierno que no puede vivir sin la intervención de otros, sin el apoyo de bayonetas extranjeras? Los que defienden el poder temporal de los Papas no procuran, no, el engrandecimiento de la Iglesia, sino su humillación, al mismo tiempo que el engrandecimiento de sus enemigos. ¿Qué viene á ser el poder temporal de los Papas? ¿A qué ha venido á quedar reducido ese poder temporal que hoy se defiende, echando mano de toda clase de argumentos y esgrimiendo todo género de armas?

El gobierno civil y militar de los Estados romanos ha estado en general delegado por el Pontífice al ejército austriaco hasta el punto de que sus oficiales ejercían la justicia criminal en toda clase de delitos; delitos que eran juzgados, no por la ley romana, sino por la ley austriaca; delitos que se sentenciaban, no por los tribunales romanos, si no por consejos de guerra austriacos, cuyos procesos se veían que horror á puertas cerradas sin defensa y en lengua extranjera, señores diputados, en alemán, y cuyas sentencias iban para su aprobación, no á Roma, sino á Verona, y eran ejecutadas, no por romanos, sino por soldados austriacos; y el Papa, el Pontífice, el Soberano de Roma se veía privado del derecho de gracia que tiene el último monarca de la tierra. ¿Y esto es reinar? ¿Este es el poder que se defiende? ¿Este es el poder temporal por que se clama? Ah, señores! Hace tiempo que no existe el poder temporal mas que contra los Papas; hace tiempo que los Papas no ejercen soberanía mas que sobre las humillaciones que sufrimos todos los católicos.

No se puede dar, señores, no se puede dar una gracia mayor, una calamidad mas grande para un país que esta, que acabo de referiros. Pues á esto ha quedado reducido, es lo que viene siendo ese poder temporal en favor del cual tanto se habla, por cuya conservación tanto se clama, y para cuya defensa se apela á toda clase de argumentos, á todo género de armas. El poder temporal pues de los Papas nada tiene que ver con su poder espiritual; es por el contrario, una cuestión de soberanía, una cuestión de gobierno y como todas las cuestiones de esta clase, cae bajo el criterio del hombre y se resuelve segun la política moderna con arreglo á la voluntad de los pueblos, como se han resuelto las cuestiones de Parma, Modena y Nápoles, propósito de los acontecimientos en aquellos países ocurridos.

Peró si el poder temporal de los Papas nada tiene que ver con el espiritual; si en vez de

ser dogmático es herético, pasaremos sin embargo por esta herejía en cambio del bien que puede reportar al Pontificado, ó de los beneficios que pueden alcanzar todos los que á este poder temporal están sometidos? Pocas palabras bastarán para probar que el poder temporal de los Papas, lejos de ser benéfico y útil al Pontificado, es perjudicial, y que en vez de alcanzar algunas ventajas los países sometidos á este poder temporal, están condenados á la esterilidad y á la muerte.

Que el poder temporal es más perjudicial que útil al poder espiritual del pontificado, nos lo dice á gritos la historia. El Pontificado sin el poder temporal alcanzó el Trono de los Césares, salvó la civilización de las tempestades del Norte, detuvo la marcha triunfal del carro del bárbaro Alarico, salvó la ciudad eterna del feroz Atila, y alcanzó los mas gloriosos y señalados triunfos llevando la libertad á las desiertas playas del Africa, y manifestándose mas esplendente y mas pura la aureola de luz que circunda á los instituidos por Jesucristo para ser la cabeza visible de la Iglesia; mientras que con su poder temporal no ha sido mas que el juguete constante de ambiciosos soberanos. Restablecido unas veces en este poder por bayonetas extranjeras, obligado á reformarle otras por indicaciones é influencias extranjeras, pasó de Federico II, de Felipe el Hermoso, de Carlos V, de Luis XIV, de Napoleón I, guardado unas veces por soldados austriacos, otras por soldados franceses, otras por soldados franceses y austriacos; se ha visto lo hace tiempo que ahora presa de las mayores amarguras, sin libertad para poder ejercer los derechos religiosos, cohibido por los poderes de la tierra en vez de ser por el dominados, y envuelto entre el triste espectáculo de proclamas excitando á la pelea, de trofeos de guerra, de pueblos saqueados por los que se llaman sus defensores, de ruinas y de sangre, y todo por qué? Por conservar un pedazo de tierra, que como decía un escritor moderno, el aluvion de los siglos ha depositado por casualidad á sus pies.

Que el poder temporal es perjudicial á los que á él están sometidos, de eso no puede caber duda de ningún género: los gobiernos sacerdotales tienen en el mundo una misión que cumplir, que consiste en educar á las sociedades primitivas pero concluida su misión, las sociedades á el sometidas se esterilizan y mueren, porque la inmortalidad del dogma se hace estensiva y no puede menos de hacerse estensiva á la política, que es esencialmente movetida en la que todo cambia, se modifica y se altera; y allí donde todo está sujeto de una manera invariable, allí donde se impone lo que se ha de pensar, allí donde el hombre vive en un círculo inflexible del cual no le es dado salir, hasta el punto de que el día en que nace se le señalan los pasos que ha de dar en la carrera de la vida, allí no queda esperanza de mejora ni de progreso. Destruída la libertad, muerta la inteligencia y enervado el cuerpo, todo camina á una degradación general que acaba por la ruina del Estado. Por eso los países á estos gobiernos sometidos, perecen; por eso el abandono, el silencio y la noche dominan en el campo romano; por eso Roma, preda de la unidad italiana, aquella ciudad que no ha tenido igual en los tiempos antiguos ni en los modernos, está hoy convertida en un pueblo de peregrinos, silencioso é inmóvil; en prosencio abandonado que se descubre á la soledad; por eso aquel que absorbió la vida de los demás, que llena la historia toda, que llevaba á su plaza el polvo de las naciones que conquistaba, para demostrar al pisarlo su dominación universal: que se alimentaba con los recursos de todo el mundo conocido hasta hoy, convertido en un cementerio, con calles sin habitantes, plazas desiertas y jardines solitarios; por eso los eriales donde se rompió el arado de Cincinato no brotan ya mas que ruinas; por eso la famosa ciudad de las siete colinas, de cuyas cimas se desprenden las tradiciones históricas todas de la Italia, se halla convertida en las soledades del Tiber!

El poder temporal de los Papas es contrario al catolicismo, es perjudicial al pontificado, y es matador para los pueblos á él sometidos; pero se dice: si la unidad de Italia ha de tener lugar, ¿qué va á ser el pontificado? ¿Adonde á de ir el Papa? ¿Donde ha de ejercer su sublime ministerio? Si el Papa, confiado en la mucha fuerza moral que todavía conserva, transijé franca y generosamente con el que ya es hoy rey de Italia, asegurando así todas las garantías necesarias para el libre ejercicio de su autoridad espiritual, que nunca puede estar mas cómodo que hoy en presencia de 20.000 soldados extranjeros, instrumentos ciegos de su soberano, entonces el Papa podrá ejercer el pontificado en Roma, en Roma, dividida

por el Tiber en dos ciudades distintas, en Roma, donde existe la ciudad religiosa y la ciudad imperial; en una puede estar el jefe de la iglesia, y en la otra el jefe del Estado.

Peró si el Papa no se aviene á una transacción, si continua encerrado en la inflexible fórmula de *non possumus*; si el Papa ha de tener el poder temporal, siquiera sea en el punto de su residencia, entonces, señores, el Papa no puede residir en Roma, como fuente del derecho, como origen del municipio, como soberana que ha sido del mundo, res constantemente objeto de la ambición de todos los pueblos y el Papa no puede residir allí sin ser esclavo de grandes Potencias y sin contribuir á la esclavitud de la Italia. ¿Tiene guarnición extranjera? Pues será por ella encadenado, y Roma no será de los italianos, y se levantará como un obstáculo insuperable á la unidad de Italia. ¿No tiene guarnición extranjera? Pues los italianos se levantarán para arrojarse el trono del Rey de Roma y colocar el suyo en el Quirinal.

El Papa, pues, no puede residir en Roma; pero puede ir á una nación extranjera, no puede ir á Austria, porque su emperador cambiará su espada de Solferino por el rayo del Vaticano para lanzarlo á la cabeza de los italianos, y el Papa sería en Austria más esclavo que en Roma; no puede ir tampoco á Francia, porque el emperador aspiraría á la influencia del Papa á la dominación universal, lo que el primer Napoleon no pudo conseguir, y haría suspender las llaves de S. Pedro de las garras del águila imperial, y el Papa sería en Francia tan esclavo como en Austria y más esclavo que en Roma. ¿Pues á dónde ha de ir el Papa? oigo decir aquí: ¿A dónde ha de ir? ¿Dónde ejercerá su sublime ministerio? Señores! hay un punto en el antiguo continente, hay una ciudad, que fué la primera que oyó el dulce eco de la palabra divina, que cuando todas las demás se entregaban á la idolatría, era la única que conservaba la idea de Dios; que fué habitada por Dios; que tiene una misión especial y que así como Alejandría es la ciudad de la ciencia y Atenas la del arte, Roma la del derecho, Jerusalem es la ciudad de Dios. En Jerusalem es donde puede residir el Papa; si ha de vivir redimido de toda esclavitud porque contra Jerusalem no hay las rivalidades que contra Roma; allí podrá hacer mayores servicios á la religión católica ejerciendo libremente su ministerio, y debilitando el influjo de las Iglesias anglicana y rusa, y contribuyendo á la civilización del Africa, llevando más fácilmente la luz de la religión á sus desiertas playas.

Y descartado el poder espiritual del Papa que nadie ataca, que todos respetan, de su poder temporal, y considerando al Papa como rey de Roma, y á los Estados romanos como otro Estado cualquiera, podemos entrar con toda libertad á considerar la cuestión agrupando aquellos Estados con dos de Nápoles en lo relativo á la invasión del Piamonte.

La invasión del ejército del Piamonte en algunos territorios de Italia; la cuestión acerca de si el Papa, estaba ó no autorizado para defender su autoridad temporal con levas extranjeras, y el debate acerca de si el rey de Nápoles había abdicado de hecho su corona, abandonando las Dos-Sicilias para encerrarse en Gaeta, pueden reducirse á las dos sencillísimas preguntas siguientes: Primera: la parte de Italia oprimida, ultrajada, martirizada, ¿tenia el derecho de pedir socorro al Piamonte contra los Gobiernos que tan inhumanamente la trataban? Segunda: el Piamonte ¿estaba en el derecho, estaba en el deber de prestar socorro á los Estados que lo solicitaban?

Los pueblos romanos y napolitanos, cuyos sufrimientos han escitado las simpatías de la Europa, supeditados al yugo extranjero, mal administrados, injustamente vejados, privados de todo derecho, de toda justicia, vieron que para conquistar su independencia, ahogada por bayonetas extranjeras, tenían necesidad de emanciparse de sus señores que tantos males les causaban, y han estado en su derecho pidiendo el socorro á quien pudiera concederselo; cuando los pueblos toman las armas en defensa de sus derechos contra los tiranos que les oprimen, cometen un acto de justicia y hacen uso del mas sagrado derecho que tienen. ¿Y quien duda que los pueblos romano y napolitano han obrado con razon y con justicia contra sus señores? Peró si hay un pueblo que al tomar las armas para defenderse de un tirano comete un acto de justicia, sería un acto de insigne inhumanidad el dejarle abandonado en la lucha, y un acto de recomendable generosidad ayudar al desvalido en la defensa de sus libertades. Y todo esto aun suponiendo las circunstancias mas desfavorables para el Piamonte; y todo esto suponiendo que aquellos Estados estaban completamente tranquilos; y

todo esto suponiendo que sus soberanos estaban tranquilamente en sus tronos. Pero ¿era así? El rey de Nápoles abandonando sus Estados, huyendo ante un puñado de valientes, los dejaba entregados a la revolución y la revolución dominando y soberana por la nulidad a que el monarca se redujera. ¿Había Víctor Manuel para ocupar un trono que su antecesor ni había sabido conservar ni sabía defender?

El rey de Roma acumulando, organizando y armando mercenarios extranjeros en la frontera del Piemonte, frontera que por otra parte no existe más que en los mapas, comprometía a la vez que la paz de sus Estados, la de los del Piemonte que no podía ver con indiferencia conducta semejante, y mucho menos hacerse con su apatía responsable de los conflictos a que pudiera dar lugar la acumulación de mercenarios extranjeros a la vista de sus pueblos.

Los pueblos romano y napolitano han estado en su derecho pidiendo el socorro que necesitaban, y el Piemonte ha cumplido con un deber político a la vez que humanitario, en acudir al socorro de aquellos pueblos, y aunque confesemos que ha habido infracción del derecho internacional establecido en los tratados del año de 1815, si por otra parte no solo han sido olvidados estos tratados, excepto en lo que contenían contra las libertades de los pueblos, sino que han sido olvidados también y despreciados en todo lo demás por los mismos que contra Italia los invocan, ¿de qué manera considerais la invasión de ejército del Piemonte en los otros territorios? Podemos considerarla como una alaque a su independencia, como un medio de conquista?

No, y mil veces no se va a conquistar la independencia de un pueblo que corre al encuentro de sus vencedores en nombre de una fraternidad natural despedazada por una fatal política, y con la ayuda de bayonetas extranjeras, y como decía no ha mucho, señores diputados, un escritor moderno: no se conquista la propia familia, se reúne a ella.

Por otra parte, las Potencias que apegadas a esos tratados acusan al Piemonte, ¿se olvidan de lo que ellas y las demás Potencias han hecho en su caso y olvidan por lo mismo que el Piemonte en esta cuestión puede esperar perfectamente tranquilo que le arrojen la primera piedra?

Pero se dice: «es que el rey de Nápoles es que Francisco II tenía las simpatías de su pueblo, como las tenía el rey de Roma; pero, unos cuantos agentes revolucionarios extranjeros, por medio de la sorpresa y la conspiración, han promovido los ruidosos acontecimientos sin la voluntad de aquellos pueblos. ¿Habrá nadie que se atreva a hacer este argumento? Habrá alguno que lo crea aunque lo diga? Pues sí, Francisco II, lo mismo que el rey de Roma, hubieran tenido, no ya las simpatías de todo el país, sino de una pequeña parte de él, hubieran sido necesario que el segundo, no pudiendo reunir un ejército de romanos, tuvieran que apelar a complotos de mercenarios extranjeros, y que Garibaldi, ese héroe de los héroes, hubiera conquistado con solos 1,500 hombres, no solo toda la Sicilia, sino que hubiera atravesado todo el continente con 5,000 hombres, y lo que es más, hubiera entrado solo y desembarcado en la misma capital del reino. ¿Qué confianza tenía aquel hombre popular en la buena causa que defendía y en el desprestigio que acompañaba a lo que llamaba su pueblo el rey fugitivo? Declaración tan universal de la voluntad del pueblo nunca puede ser debida a la intriga, ni a las conspiraciones de unos cuantos revolucionarios extranjeros, sino a las ideas de independencia y libertad desarrolladas al calor de todos y cada uno de los ciudadanos.» (Se continuará.)

Palma.

DESPACHOS TELEGRAFICOS PARTICULARES

DE EL ISLEÑO.

Nápoles 29 de abril.

Los movimientos borbónicos de que se había hablado han sido desmentidos.

Madrid 30 de abril.

Ha desembarcado en Cádiz la emperatriz de Austria.

La Correspondencia de España dice que el emperador Napoleón ha felicitado a la Reina

por la reincorporación de Santo Domingo.

Consolidados, 40-80.—Diferida, 43.

Por espacio de algunos días ha sido objeto de la discusión en el terreno periodístico el proyecto del empréstito que se propone llevar a cabo el M. I. Ayuntamiento de esta ciudad.

El público ha visto con satisfacción que los individuos que componen la actual corporación municipal han salido de la apatía en que sus antecesores se encontraban tan luego como se veían investidos del respetable carácter de representantes del pueblo, olvidando anteriores propósitos de hacer mucho y bueno en favor de sus representados. Hoy que parece se ha demostrado ya la conveniencia del empréstito y que se hallan de manifiesto los nombres de los cien mayores contribuyentes que han de aprobar esta medida de crédito, en unión con el ayuntamiento, no será por demás recordar que otros proyectos de importancia han estado tan adelantados como este y en vías de ejecución, y sin embargo han quedado paralizados, y los recordamos, no por oponernos al concebido por el actual ayuntamiento, sobre el cual hemos dado anteriormente nuestra opinión, sino para manifestar nuestros ardientes deseos de que se lleven a cabo todos a la vez.

El proyecto de formación de una compañía de bomberos, reconocido como mejora de primera utilidad, mereció la atención del Gobernador de la provincia y se nombra una comisión para que estudiándolo diese el correspondiente dictamen a la brevedad posible. Se han pasado muchos años desde entonces y nada se ha conseguido, aunque en nuestro concepto la realización de esta mejora no pasa de ser una de las ordinarias y cuyo importe puede muy bien figurar en el presupuesto ordinario; sin embargo la primera entre todas las mejoras que han de realizarse queda olvidada completamente al parecer.

Mas adelantado que el anterior ha estado el proyecto de la subasta y por motivos que no queremos recordar, se suspendió cuando iba a tener efecto y desde entonces no ha recibido ningún impulso que fuera capaz de sacar a este proyecto de tan lamentable letargo, a pesar de las reconocidas y demostradas utilidades que puede reportar el vecindario y de lo mucho que contribuiría al público decoro, respeto y veneración, que en todas las poblaciones se demuestran a los cadáveres al conducirse a la última morada.

En vías de ejecución ha estado la orden de que fueran derribados los balcones de madera y los avances en todas las calles de esta ciudad. Hubo motivos legales para esta orden? Creemos que sí, y además de las razones de embellecimiento y ornato de la población se tuvieron presentes los incuestionables de la seguridad personal. ¿Por qué pues tan útil y provechosa medida ha quedado paralizada? ¿Por qué han de ser de peor condición los propietarios que obedecieron inmediatamente a la autoridad, que los que la desobedecieron? ¿Por qué obligar a los primeros al derribo dentro un plazo señalado a causa de la visita de S. M. para tener que abandonarse esta disposición tan luego como se hubo alejado la Reina? No lo comprendemos a la verdad.

Estas y otras consideraciones nos han impedido el ocuparnos largamente del empréstito que trata de contratar la municipalidad, empréstito que creemos conveniente, pero que desearíamos fuese aplicado al mismo tiempo a todas las necesidades. La poca firmeza y fuerza de voluntad que existe en la ejecución de ciertos proyectos hacen que una parte considerable del público no haya mirado con la debida seriedad un pensamiento de tanta trascendencia, como lo es el que ha concebido la corporación municipal, creyendo ilusorio el ocuparse del adorno de una casa no habiéndose echado aun los fundamentos del edificio, que fundamentos merecen ser llamados ciertas necesidades que el vecindario debió ver atendidas hace mucho tiempo.

Hemos dicho otras veces que esperábamos grandes resultados de la administración municipal que rige desde principios de este año, porque conocemos la firmeza de carácter de sus individuos; por esta misma razón lo recordaremos continuamente atendiéndola, la vez a todo y con ello ganará mucho su nombre y su crédito. Si alguien nos cree pesados por que hablamos tanto de la compañía de bomberos y de los carros mortuorios, les contaremos que con el actual servicio de bomberos estan espuestas a perecer muchas personas y a arruinarse gran número de familias, y que del modo como se conducen los cadáveres al cementerio, resultan escándalos que no siempre puede evitar la autoridad por mucho celo que en ello demuestre.

No habiéndose impreso ayer el siguiente

parte en todos los números de nuestro periódico, lo reproducimos hoy, para que llegue a conocimiento de aquellos que no lo recibieron.

Paris, 29 de abril, año Washington 48.—El Presidente de los Estados del Sur ha publicado proclamas autorizando las patentes de corso, y llamará a las armas 150,000 voluntarios. Santo Domingo se ha incorporado a los españoles.

3 por 100 consolidado, 50-05.—Diferida, 43-35.

Por la que va sin firma.

P. J. GELBERT y P.

CRONICA RELIGIOSA

Santo del día de mañana

SAN ATANASIO, OBISPO Y DOCTOR.

AFRECCIONES ASTRONOMICAS DE MANANA.

Sale el sol a las 4 hs. 59 ms.

Pónese a las 6 " 55 "

Las 11 hs. 56 ms. 53 s.

GOBIERNO MILITAR

DE LA ISLA DE MALLORCA.

Orden de la plaza del 1.º de mayo de 1861.

Habiendo terminado la reparación del empedrado de entrepuerta de la de Santa Catalina de esta plaza, queda desde hoy abierta para el tránsito público.

Lo que se hace saber en la de este día y se inserta en los periódicos de la capital para la debida publicidad.—El general Gobernador.

Castillon.—Es copia.—El comandante secretario, Ricardo Domínguez.

ORDEN DE LA PLAZA.

Gefe de día para mañana, el segundo comandante del regimiento infantería de Luchana, don Santiago Mota de Riesgo.

Parada: Luchana.

Hospital y provisiones: el batallón provincial de Mallorca.

El T. C. S. M.—Benito de Amores.

ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUJA

DE LAS BALEARES.

Esta academia vacuara gratuitamente a todos las personas que se presenten al efecto en el edificio de Montesión a las once de la mañana de los días 2 y 3 del corriente mes. Los interesados manifestarán el nombre y apellido del que ha de ser vacunado, y la calle, el número de la casa y la manzana donde vive, los vacunados y los revacunados en la semana anterior procurarán concurrir.

Palma 1.º de mayo de 1861.—P. A. D. Academia.—José Enseñat, secretario de gobierno.

EMBARCACIONES FONDEADAS.

De Cartagena en 4 días laud Juanito de 20 toneladas, pat. Nicolás Farnés, con 4 mar. y un pasajero y lastre.

De Villanueva en 2 días javeque Tercera Dolo-

res, de 80 ton. y pat. en la un. Vidal, con 10 mar.

De Gumburgo en 58 días bergantin Norden, de 158 ton. y pat. J. L. Pellerin, con 9 mar. y un pasajero.

De Cartagena en 3 días laud Prámbulo, de 68 toneladas, pat. Pablo Prats, con 7 mar. y un pasajero.

De Tortosa en 6 días laud San José, de 108 toneladas, pat. Cayetano Raposo, con 4 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.

De Jaz, en 3 días laud Fernandillo, de 97 toneladas, pat. Pablo Gall, con 7 mar. y un pasajero.